

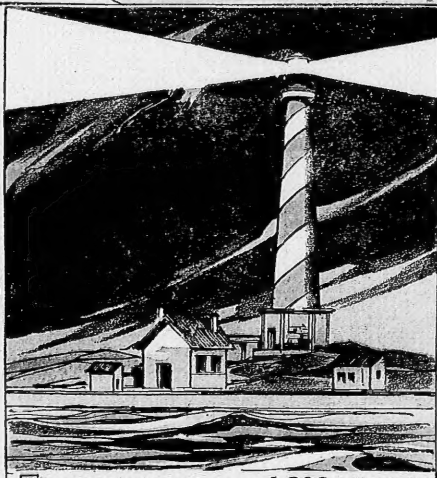
VISTO y OIDO ★ Le pagaron una cantidad fabulosa ★ por PREMIANI



La PLANTA
de MAYOR
RENDIMIENTO y
MAYOR
PROVECHO
es la de
CACAO.



El EMBLEMA NACIONAL
MEXICANO
TIENE UN REMOTO ORIGEN
INDIGENIA.
Los AZTECAS
VIERON A UN
ÁGUILA QUE ATACABA
A UNA **SERPIENTE**
Y ADOPTARON
LA ESCENA POR
ENSEÑA,
FUNDANDO en el lugar
la CIUDAD de
TENOCHTITLAN.
LLAMADA, MAS TARDE,
por los
CONQUISTADORES,
MÉJICO.



En TODA la TIERRA EXISTEN 4.000 FAROS.

Los GRANDES SUELDOS TEATRALES
SON ANTIGUOS. el EMPERADOR **VESPASIANO**
PAGO 20.000 PESOS ORO al ACTOR
APOLINAR por su ACTUACION en la
"REAPERTURA del TEATRO MARCELO."



Los PRINCIPALES CISMAS de la IGLESIA
CATOLICA DERIVAN de la CUESTION de la
PUREZA de **MARIA**, que RECIEN fue
DECLARADA **VIRGEN** en la EDAD MEDIA y
CONVERTIDA en DOGMA su CONCEPCION
INMACULADA en el SIGLO ULTIMO.



sobre el terreno político obtendría una conmutación de la pena, con eso se daba por satisfecho el conde Latour. El emba-

El Canciller se mostró muy amable, tanto más cuando estaba ya firmemente decidido a no hacer ninguna concesión a Lorde. Pero Sebastián era un avarosario tenaz que, poseía una respuesta para cada palabra, un gesto para cada insinuación cortés del político. El Canciller habló largamente de la amistad con Francia y del genio de la raza francesa. Pero, al ver que Sebastián lo interrumpió bruscamente:

—He venido desde París para evitar un error judicial que costaría la vida de un hombre.

El Cancellor sonrió, un poco contrariado por haber sido interrumpido mientras hablaba y respondió que quizá el Consejo debía llevar muy rápidamente por su idealismo, por su celo, a fin de justicia y por muchas otras cosas más.

Comprendió en ese instante que ya no existía ningún medio de salvar a Loncke.

Uno de los dos debía morir Sebastián o Loncke. Y mientras en el salón las parejas daban al son de melodiosa música el corazón de Sebastián sufría.

Sebastián, después de pasar un argumento a otro, terminó por encontrarse en plena noche delante de una sombra gigantesca que aparentaba salir de la tierra: el cadalso donde él había sido ajusticiado. Franz Lonch

Ahora se encontraba en la prisión rodeado de periodistas y funcionarios. La ejecución te-

dria lugar dentro de media hora.
Al encontrarse delante de
único y gran enemigo, un ene-
me terror se apoderó de él.
Sebastián Muller era el único
gran enemigo del Conde de Es-
tout. Durante los últimos días
había preparado la valija, se ha-
bía dirigido hacia la estación, es-

cido a retomar
a París, busca-
do esa bella
bertad sin pre-
ocupaciones, e
libertad por la
cual había paga-
do tan alto pre-
cio. Pero en cam-
bio en la estac-

ción todo su coraje se desvaneció.

Aquel cadalso impulsaba-
conde de Latour a cometer su
segundo crimen, un crimen in-
útil y estúpido. Cerca de Seba-
stían el abogado general, miran-
do su reloj, preguntó al conde:

la hora exacta. Luego, el ab-
gado, moviendo nerviosamen-
te la cabeza, murmuró, con vo-
ce irritada:

— Todavía diez minutos...

Se murmuró Sebastián, tod-
avía diez minutos... Despu-
es todo estaría liquidado de man-
era definitiva. Se acerca el fi-

La Verdad Sobre la Muerte de Juan Moreira



dos los jefes y soldados con flechas y asados hasta que llegara la noche de partir. Andaba por allí, en ese entonces, Juan Moreira, convertido en maitín de los positos y habiendo actuado como tal en Navarro. Acompañado de un compañero Julián Andradá probaba a los dirigentes asinistas de ese partido, señores Francisco Bosch (comandante), Manuel Caminos, Félix Arauz, Conrado Martínez y Casimiro Villamayor.

Los asinistas se reunían todas las noches—según datos recogidos por el propio señor Sanginetti—en el hotel de propiedad del vasco Ugartearena. Moreira apareció en el hotel la noche del 29 de abril con el objeto de provocar a los asinistas. Y al no encontrar más que dos de ellos se retiró para volver en mejor oportunidad. Los asinistas, al ver regresar la fuerza que había ido a Saladillo, comprendieron que podían utilizarla para perseguir y, si fuera posible, apresar al temible gaucha. A este efecto entrevistaron, al parecer, al comandante Beron y le explicaron la situación de peligro en que se encontraban. Le hicieron comprender que era de bien público terminar con el maitín. Aceptó el comandante el intervenir y separó al sargento Chirino y tres guardias más. De la policía de Lobos (hoy también el oficial Eugenio Varela, el sargento Domínguez y tres polizontes a los que Moreira había matado) se separó al comandante de la Nación, Don Francisco Bosch, Don Francisco Villamayor y otros dirigentes.

En cuanto llegaron al hotel la Estrella, en que dormían Moreira, Andradá y los suyos, la policía local se distribuyó en los alrededores y los otros se introdujeron en las habitaciones. Entraron al cuarto en que se encontraba el campamento del buscado y lo manifestaron.

Que conste que seguimos la versión exacta de la transcripción del documento hecho por el salidillo señor Sanginetti. Reiteramos en advertencia por cuanto se puede advertir que las dos versiones coinciden, por ejemplo, en la actitud del comandante Bosch, que fué el primero que sorprendió a Moreira dormido. Como puede observarse más arriba, este hecho causó incomodidad en Chirino, quien pensaba atrapar a Moreira sin derramar una sola gota de sangre.

Mientras los demás eran manifestados, el comandante Bosch entró una puerta y vio a Juan Moreira. Entonces gritó: "¿Qué está el que buscamos?"

Moreira tuvo tiempo de levantarse y trancar la puerta, vestirse y preparar el trabajo. Entonces fue que Chirino dijo: "Mire que alarmar así cuando estamos tomando a todos dormidos y sin derramar una sola gota de sangre". Asustado Andradá, Chirino fué a golpear la puerta del cuarto de Moreira mostrando el oficial Eugenio Varela. Cuando Moreira creyó oportuno abrió la puerta, y gritando "la policía soy yo" disparó un trabacazo que hirió al capitán o comandante Beron en un brazo al oficial Varela en la rodilla, al

POR PASTOR CAINZO ILUSTRACION DE SORAZABAL

paraguayo Zamudio, produciéndose entonces el despase. Chirino, al ver que los otros todo el mundo se fué para no ver matar a un valiente. Quedó, pues, como jefe de la partida Chirino, habiéndose retirado los otros.

Fuó entonces que Moreira, según se cuenta, quedó dueño de la situación; cargó el trabuco y avanzó hacia la pared con el objeto de dar el salto que le permitiera evadirse. Llevaba el puñal en los dientes y el trabuco en la mano. Entonces fué cuando avanzó Chirino y le clavó al gaucha un bayoneteo por el costado. Al tiempo que clavaba su bayoneta en la cara de Moreira, entonces, dando caer el trabuco fono la daga y seccionó tres dedos de la mano derecha a Chirino, obligándolo así a retirarse su fusil y "caer desmayado de dolor". Esta última circunstancia no aparece en la versión personal de Chirino.

Moreira se dio cuenta en seguida que estaba cercado y no insistió en saltar el tapado. Fuera advertido la presencia de varios milicianos que le apuntaban con sus fusiles. Entonces, desesperado, se preparó para la lucha a arma blanca y quiso dirigirse hacia la pieza de donde había salido. Fue entonces cuando el guardia provincial Luis Li-

ma, utilizando su fusil como una lanza, lo volteó de un bayoneteo en el pecho, permitiendo que los demás avanzaran. De así como murió Moreira. Quedó el último fué, pues, Luis Lima, según la versión utilizada y publicada en septiembre en Saladillo por Sanginetti. No tiene ninguna importancia esta circunstancia, pero sí bien Chirino fué de un bayoneteo a Moreira, el policiano Lima le dio el golpe de gracia.

En un carrito de los ruidosos, el cadáver de Moreira fué paseado por las calles del pueblo. Los poblaberos estaban sorprendidos y no creían que se hubiera podido llevar a cabo semejante proeza, pues todo el mundo creía que el gaucha era invencible.

El cadáver fué llevado a la comisaría, en donde el doctor Del Mármol produjo el examen médico, siendo dado de inmediato al cementerio. Este es el testimonio de don Eduardo Forgas, mayoral de la aldea entre Lobos y Saladillo.

Esta fué, a grandes rasgos, la versión oficialmente aceptada respecto de la verdadera forma en que transcurrieron los acontecimientos que produjeron la muerte de Juan Moreira. Se concluye de todo esto que la partida que dio con el gaucha no tenía por misión perseguirlo sino que ésta fué una función que se aditificó accidental-

mente. Los milicianos, cuya Chirino, por supuesto, volvían del Salidillo después de las elecciones y regresaban a Buenos Aires, debiendo tomar el tren en Lobos. Chirino no hizo de muerte a Moreira; recibió de éste varias heridas, una en la cara y otra en la cabeza y la sección de los dedos de la mano derecha. Quiso matar realmente a Moreira fué el soldado Lima, que atravesó de un bayoneteo en cuanto Moreira quiso registrar de nuevo a la pieza para pelear con arma de toda la pieza, como arma de todo el mundo.

La primera vez que cambió de táctica fracasó para siempre. El gaucha alzó la mano y se retiró a la policía. No la peló nunca bayendo y por eso siempre vivió. La primera vez que peló de este modo encontró la muerte.

Se quiere dar a entender que todo el mundo no se mostró muy valiente que digamos en cuanto estuvieron en presencia de Moreira; muchos se retiraron del campo de la batalla, dejando a Chirino y sus soldados la misión de pelearlo. Pero esto no viene al caso. El caso Moreira es un hecho esencialmente político, que la adquisición prestó a través de la tradición y, a no haber sido por la obra del gaucha narrador, que supo decir contornos legendarios. Moreira era un peleador sin igual. Las poblaciones le temían y era un bandido capaz de cualquier cosa. La policía lo buscaba por todas partes cuando dio con él, el gaucha estaba encerrado de varios trabajos de carácter político, la intervención de Chirino le impidió cumplir debidamente.

HACE poco, el primero de septiembre del año pasado, acaeció la muerte del sargento Chirino, a quien se consideró siempre como el matador del famoso gaucha alzado Juan Moreira. Pero hete aquí que en la mayor de las honrras a la memoria del sargento, no llega desde Salidillo una especie de volante firmado por el señor Orlando Sanginetti, en el que demuestra todo lo contrario. Y por el interés histórico que pueda tener este hecho político, glosaremos a continuación los párrafos más importantes de esa declaración.

Pero antes daremos algunos antecedentes de no escaso valor. En un repertorio aparecido hace mucho tiempo en una revista semanal y firmado por el señor Rodolfo Barrios, el articulista pregunta al sargento cómo era Juan Moreira. Pregunta a lo cual el interrogado contestó de la siguiente manera: "Era un hombre fuerte, ancho de pecho, colorado de cara y con una pira larga". Y Chirino que el gaucha Moreira se parecía mucho al general Lavalle. "Ya toda el mundo cantaba", advertía, para terminar el debate referente a este punto. Los Poderes lo han caracterizado caprichosamente, haciendo un gaucha triguero, en español, en discordancia con la versión de Chirino.

Al preguntársela cierta vez a Chirino cómo había procedido en el momento de la lucha del gaucha Juan Moreira, aquel dijo más o menos lo siguiente: "Se ha hablado con frecuencia de que en esa circunstancia yo procedí como me decía tras del poco que le salí por detrás y lo maté a traición". Ante esta versión, Chirino se siente torcido, expresa su indignación por la falta de dignidad que le significa. "Si le hubiera tendido maldad, hubiera corrido como los demás". Según Chirino, Moreira apareció en la puerta del sargento, al momento de salir de las armas. Moreira lanzó un trabacazo. Chirino había hecho una herida cuya cicatriz perduró toda su vida. El sargento, alzado con este contratiempo, fué hacia el gaucha con la bayoneta calada y lo esquiló. Así, trasvaseado de un bayoneteo, el gaucha le lanzó un trabacazo con el que le cortó los dedos. Chirino mostró toda su vida esta mutilación con honor. El gaucha le lanzó otro golpe en la cabeza que le produjo una profunda herida. Pero Chirino, herido en sangre, no dejó la presa y la retuvo así.

Contaba asimismo Chirino que al ir a alistar la casa donde estaban Moreira y los suyos, se encontraron con tres dormidos, y fueron tomados presos pacíficamente uno por uno. Pero, cuando se set que al frente había un catre en que dormía Moreira, el entonces comandante Don Francisco Bosch, que gritó exclamando: "¡Aquí

está el que buscamos". Esta exclamación intempestiva despertó sobresaltado al gaucha y lo obligó a salir al patio de la casa a pelear. Chirino pensaba proceder tranquilamente y llevar a todos manifestados a la policía de Lobos, mostrando como se podía cuando se tiene habilidad. Pero no le fue posible llevar a cabo sus procedimientos. "¡Dígame! ¡alarme! ¡nos vamos a escapar! ¡nos vamos a escapar! ¡nos vamos a escapar!" dijo Moreira una sola gota de sangre.

Hasta aquí más o menos la versión del sargento Chirino en la entrevista a que hemos referido más arriba. No se advierte que en realidad sea Chirino quien haya dicho el golpe de gracia al gaucha. Podría admitirse que no lo hiciera tal vez por escrúpulos de conciencia, pero no aparece como quitando la vida a un hombre. Pero un soldado de la policía que estaba en cumplimiento de su deber y que estaba frente a un hombre que debía varias muertes, no puede tener, como se comprende, esta clase de escrúpulos. Pero sin entrar a mayores consideraciones, es interesante ver lo que sobre el particular nos dice el documento publicado con fecha septiembre de 1933 por Don Orlando Sanginetti, en el propio Salidillo.

Comienza la narración diciendo que estas versiones se basan en un documento encontrado en un expediente de 1875 en el Archivo Nacional, y firmado por Don Juan Alvarez en 1927.

Es necesario recordar de antemano que en el año 1875 hubo tres elecciones importantes en la provincia de Buenos Aires, en las que se efectuó el uso de la fuerza y se trataba de elegir trece diputados nacionales, entre los cuales se hallaban de Irigoyen. El día de esa elección en la plaza de Salidillo se produjo un formidable choque entre los asinistas. Este choque violento produjo no pocos muertos heridos. Refiere la versión del señor Sanginetti antes citada, que el gobernador de la provincia, don Mariano Acoita, designó un comisionado para que fuera a Salidillo a establecer el orden durante las elecciones, que debían realizarse los días 12 y 16 de abril para elegir 54 electores de presidente y vice y 5 diputados y 2 senadores provinciales, respectivamente. El comisionado nombrado fué el entonces coronel Carlos Forgas, quien vino con 14 guardias provinciales al mando del capitán de Don y de los cuales estaba el sargento Andrés Chirino.

Este destacamento viajó hasta Lobos, que era el punto terminal de la línea del ferrocarril, y allí le alistaron los caballos en la estancia "Las Puercas grandes", el entonces comandante Don Francisco Bosch, que gritó exclamando: "¡Aquí

26 de abril, para tomar el tren que los condujera a Buenos Aires. Fueron agasajados



El Hombre de la Galera Negra



BERNARD SHAW

me quedaba en la religión de la Creación. "Es mi religión", me dijo, "la religión del hombre". (En espera de algo escandaloso), expliqué que la invito a su casa para que entrene a los invitados con su amplia conversación y antes que nada escucha ésta, ya eligió él una escuela para el hijo, le hizo a su testamento, arrojó su dinero y anunció la posesión de los privilegios del abogado de familia, del mayor domo, del cura, del doctor, del modisto, del pe-

[illegible][illegible][illegible][illegible]

ión de Europa *remorde* Shaw

por
FERRARI AMORES
ILUSTRACIÓN DE PAPAAGNOLI

—No lo crees? Para una segunda, para una cuarta, para una vigésima encarnación, quizás. Porque ¿quién podrá saber a ciencia cierta cuántas has pasado ya? ¿Qué número lleva la presente? ¿Cuántas la precederán? ¿Cuántas la seguirán?

—¿Y siempre nos veremos?

—Es como un engranaje. En cada una de nuestras sucesivas existencias, el uno llevará a otro, fatalmente; y cuántas veces crea haberse hallado, se confundirá; y cuando antes lo vimos acertar.

Felipe, tratando de sobreponerse a su tristeza, comentó, rísondo, rísondo:

—Eso es una hipotesis perpetua, Primo!

Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

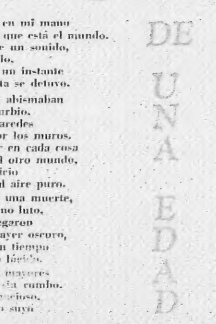
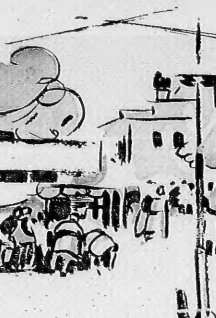
—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.

—Ella bajo los ojos.



unos cuernos, algún obituario se interpuso. Nuestro afán quedará defraudado.

—Diciendo esto, Primo Rosé se acercó a una banca, que había sobre la rama de la chimenea, y acomodó un poco las flores, con ese ademán un tanto disolvente que tienen las mujeres para arreglar el cabello a cada paso. Continúa, con un hilo de voz:

—¡Pobrecitas! He cambiado muchas veces las rosas, que son las visiones pasajeras; muchas veces cambié las violetas, que simbolizan el anhelo; y también cambié por otras las gacetas de esperanza y los libros de pureza. Pero mira, Felipe: estas flores que están en el medio, entre todas ellas, es una siempreviva; y es la misma de levante, de otras veces, la misma siempre.

Felipe Herrero se levantó, de pronto.

—No voy a trabajar, Primo.

—¿A trabajar?

—A trabajar. Estoy cansado, necesito ventilar.

—No te refieras a la obra que te dediques, a los sublimes que comencé a propósito en septiembre para obtener el auspicio del Dios fuscado.

Otra vez se ausiaba en el el demonio hipocritista de la grandilocuencia.

Se abrazaron. Ella dijo:

—¿Porque hoy?

—Es que tengo miedo de desdormirme.

—Bien, ve. Pero dime, antes...

—¿Qué es un instante indecisa?

—Hala.

—Entonces, apasionadamente, aunque casi en voz baja, Felipe le preguntó:

—¿Has llevado alguna vez una siempreviva a tu taller?

—No, nunca.

—¿Porque hoy?

—Es verdad, nunca...

Ella tomó entonces la flor y se la prendió en el solapa del saco.

Se separaron.

—Cuando el volvió otra vez a la sala, dos horas después, encontró a Felicia echada sobre el diván, con los ojos abiertos y fijos.

Estaba muerta.

Felipe Herrero se pasó muchas horas sin concimiento.

Cuando recuperó el sentido, una amnesia local, circunscrita al suceso que dejamos narrado, le libró de nueve padecimientos.

Algo sin embargo, quedó en él, como de aquellos que tendían a devorar fieras. Toda clase de flores, menos las siemprevivas.

Una vez le expusieron a Felicia, así como:

—Quiero que me des en el mundo únicamente la siempreviva.

Y Felicia está allí, en su casa, canosa y mal entrado, comiéndose las dalias adquiridas a un precio exorbitante.

Cuando terminó volvió a salir a la calle. Allí no habían dado las once.

Echo a andar hacia los arrabales, Se acordó otra vez de Felicia, a la que había dejado hablando detrás de la puerta, y aulló como antes, de golpe y porrazo, con una feroz.

—Por mí, Felipe!

El diablo no volvió asustado, enojado como para esperar una agresión.

—No, yo soy...

—Felipe, ve, Felicia, hémola de peso, Felipe compravé.

—¿Por qué?

—Felipe, mira: a propósito... Pensaba llevarte estas flores a casa. Ahora llévalas a ir para allá...

—¿Te gustan?

—Felipe, la profunda resignación con que aceptaba la degradación del hombre a quien amaba, se puso de todo...

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

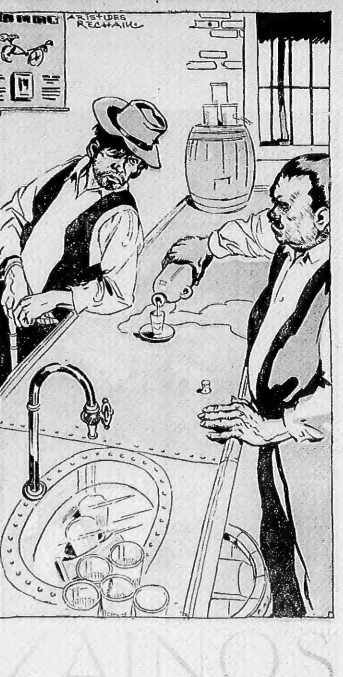
—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.

—Felicia.



ROQUE tuvo un rápido centelleo de luz.

—¿Qué gran? Voy y analizo perfectamente.

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

—¿Te acuerdas de aquel ladrón de los ladrones?

ERNESTO L. CASTRO.

Edt. Claridad.

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

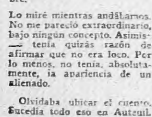
—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas

—Almas Perdidas</



lumbaba, y sin embargo su-
frieron los ojos, al mirar es-
te violeta, probablemente me-
ciado con rayos químicos.

Al día siguiente, hice como él me dijo que hiciera: inspeccioné las orillas del lago Inferior. Y he aquí lo que vi:

Dos grandes álamos, de pie la víspera, reverdecidos y lozanos, hoy en tierra, destruidos, destraigados y como calcinados.

Si ustedes lo dudan, vayan y vean. ¡Luzo que es cierto!

© 1961 BY WEB SERVICE.

